El gran destierro de Gaspar Téllez-Girón

V Duque de Osuna

Arturo Echavarren

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bulletinhispanique/3185>

DOI: 10.4000/bulletinhispanique.3185

ISSN: 1775-3821

Editor

Presses universitaires de Bordeaux

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 junio 2014

Paginación: 169-189

ISBN: 978-2-86781-931-5

ISSN: 0007-4640

Referencia electrónica

Arturo Echavarren, « El gran destierro de Gaspar Téllez-Girón », *Bulletin hispanique* [En línea], 116-1 | 2014, Publicado el 01 junio 2017, consultado el 25 mayo 2020. URL : <http://journals.openedition.org/bulletinhispanique/3185> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/bulletinhispanique.3185>

El gran destierro de Gaspar Téllez-Girón, V Duque de Osuna*

ARTURO ECHAVARREN

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Cet article étudie le dernier exil du V^e Duc de Osuna, décidé à l'instigation du VIII^e Duc de Medinaceli, premier ministre du roi Charles II d'Espagne. De nombreuses sources inédites permettent de fixer, pour la première fois, la chronologie des événements et d'exposer des éléments nouveaux concernant l'épisode.

Mots-clés : Gaspar Téllez-Girón, V^e Duc de Osuna, VIII^e Duc de Medinaceli, Règne de Charles II d'Espagne.

Este artículo examina el último destierro que padeció el V Duque de Osuna, promovido por el VIII Duque de Medinaceli, primer ministro de Carlos II. Con el apoyo de numerosas fuentes documentales inéditas, se concreta por primera vez la cronología de este episodio y se apuran numerosos detalles novedosos del mismo.

Palabras claves : Gaspar Téllez-Girón, V Duque de Osuna, VIII Duque de Medinaceli, Reinado de Carlos II.

This paper sheds light on the last exile of the fifth Duke of Osuna, decided by the eighth Duke of Medinaceli, Prime Minister of King Charles II of Spain. Relying upon several unedited contemporary sources, the chronology of this event is finally established. Many unknown details about this case are also exposed.

Keywords : Gaspar Téllez-Girón, Fifth Duke of Osuna, Eighth Duke of Medinaceli, Reign of King Charles II of Spain.

* Estudio realizado en el marco del programa JAE-Doc del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cofinanciado por el Fondo Social Europeo. El autor desea expresar su agradecimiento a M. Christophe Villecroix, de la Bibliothèque du ministère des Affaires étrangères et européennes en la sede de La Courneuve.

Abreviaturas: AGP = Archivo General de Palacio; AHN = Archivo Histórico Nacional; AMAE = Archives du Ministère des Affaires Etrangères de France; BNE = Biblioteca Nacional de España; CP = Correspondance Politique.

Don Gaspar Téllez-Girón Enríquez de Ribera y Sandoval, quinto titular de la Casa de Osuna, Duque de Uceda, Marqués de Peñafiel, Frómista y Caracena, y Conde de Ureña y Pinto, heredó del antiguo linaje de los Girones un temperamento ígneo, indócil y extremo¹. Dada su proverbial destemplanza y su incapacidad para la contemporización y el disimulo cortesano, en la vida del Duque se sucedieron innúmeras pependencias, querellas y alborotos. Entre las repetidas sanciones que se le impusieron a lo largo de los años, destacan tres destierros.

El primero de ellos tuvo como origen un enfrentamiento con el Conde de Humanes, que había escamoteado la dama a la que Osuna galanteaba. Esto dio ocasión a tan descompuestas trifulcas que en 1678 el Duque de Osuna fue desterrado al castillo de Coca y el Conde de Humanes, al de Montánchez². No obstante, gracias a la intervención del confesor de Carlos II, el padre Reluz, Gaspar Téllez-Girón logró el indulto poco tiempo después³.

El altercado que culminó en su segundo destierro se produjo un año después, en noviembre de 1679, en la jornada real de recepción de la flamante esposa de Carlos II, María Luisa de Orleans. A la salida de la villa de Hernani, el Marqués de Astorga paseaba a caballo al lado derecho de la sobrina de Luis XIV, de quien era mayordomo mayor. De pronto, el Duque de Osuna, que era caballerizo mayor de aquella, se entró con su caballo entre los dos, ocupando altanero el lado derecho de la princesa, que según el protocolo correspondía al Marqués de Astorga. Conocido el incidente por Carlos II, que se encontraba en Burgos, ordenó que el Duque de Osuna partiera al destierro⁴. También en esta ocasión

1. Para componer una impresión elocuente del fogoso temperamento del Duque, basta con pasear la vista por los testimonios de algunos diplomáticos extranjeros que acudían a la corte de Carlos II; así, Federico Cornaro, embajador de Venecia desde 1678 a 1681, señalaba que «*in Ossuna la stravaganza della natura l'ha fatto incorrere in varii accidenti, da' quali si è sempre rimesso*» (N. Barozzi y G. Berchet, *Relazioni degli stati europei lette al Senato dagli ambasciatori veneti nel secolo decimosettimo. Serie I. Spagna*, Venecia, 1860, t. II, p. 450). El Marqués de Villars, embajador francés de 1679 a 1681, anotaba que el Duque «*s'est mal gouverné dans tous ses emplois, capricieux, entêté, et vaïn jusqu'à la folie*» (Marqués de Villars, *Mémoires de la cour d'Espagne de 1679 a 1681*, ed. de M. A. Morel-Fatio, Paris, Plon, 1893, p. 22). El legado genovés en 1681, Giovanni Andrea Spinola, se refería a Osuna como «*un huomo assai stravagante, capriccioso ed anzi che no violento*» (R. Ciasca (ed.), *Istruzioni e relazioni degli ambasciatori genovesi. Volumen quinto. Spagna (1681-1721)*, Roma, 1957, p. 199). Por citar un último testimonio, Sebastiano Foscarini, enviado de la Serenísima de 1682 a 1686, advertía que el Duque era de «*spirito elevato ma stravagante*» (Barozzi y Berchet, *ibid.*, p. 521). Para una biografía del V Duque de Osuna, acúdase a Lorna Jury Gladstone, *Aristocratic landholding and finances in seventeenth-century Castile: the case of Gaspar Téllez-Girón, duke of Osuna (1656-1694)*, Ann Arbor, University Microfilms International, 1977, p. 28-79. Sobre la base económica de la Casa de los Girones, véase Ignacio Atienza Hernández, *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna. La casa de Osuna s. XV-XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

2. Gabriel Maura, *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid, Aguilar, 1990, p. 207; Marqués de Villars, *op. cit.*, p. 84-85.

3. Maura, *op. cit.*, p. 234.

4. Henri Léonardon, «Relation du voyage fait en 1679 au-devant et à la suite de la reine Marie-Louise d'Orléans, femme de Charles II», *Bulletin Hispanique*, n° 4, 1902, p. 104-118, 247-255 y 342-359 [p. 342-343 y 345]. Maura, *op. cit.*, p. 252.

el fogoso aristócrata se vio favorecido por la fortuna, ya que resultó indultado al cabo de unos meses, gracias a los insistentes ruegos de la reina María Luisa, que sentía notable afecto por su caballerizo mayor⁵.

Si los dos primeros destierros no fueron especialmente gravosos, el tercero y último tuvo por su rigor y su duración una importancia decisiva en la vida del Duque. Curiosamente, el incidente apenas ha llamado la atención de los estudiosos, que por lo común se limitan a beber de la sucinta crónica recogida por el Duque de Maura⁶. Esta, no obstante, contiene numerosos errores y lagunas, sobre todo en lo tocante a la cronología de los diversos hitos que jalonan el episodio, pues el erudito se limita a señalar que la sanción tuvo lugar «en 1683». Por todo ello, se hace necesaria una revisión por menudo del incidente a partir del examen de los documentos contemporáneos.

1. PRINCIPALES FUENTES DOCUMENTALES

Cinco son las fuentes principales para el esclarecimiento de este episodio. Fundamental es, en primer lugar, el *Examen jurídico en defensa de la justicia y memorial que a el Rey Nuestro Señor hace un sujeto por el Duque de Osuna sobre diferentes agravios que en su persona y estados ha experimentado*, manuscrito conservado en el Archivo Histórico Nacional⁷. En este alegato se examinan los principales detalles del proceso y se defiende la inculpabilidad del Duque de Osuna con el concurso de innumerables citas de textos históricos, jurídicos y teológicos que se traen a colación para reforzar todos los argumentos. Al pie de la última página del documento figura el nombre de su autor, don Juan Jacinto de Mesa, que identifico con el catedrático en Leyes del mismo nombre y juez de audiencia de la junta de gobierno del estado de Osuna⁸.

En el mismo expediente y a continuación del *Examen jurídico*, se adjunta la copia de un memorial que el Duque de Osuna presentó a Carlos II en 1685 en el que suplicaba la restitución de todo lo damnificado en su defenestración. El *Memorial*—nombre con el que me referiré a este segundo documento a partir de ahora— es imprescindible para la averiguación de los sucesos posteriores al confinamiento de Gaspar Téllez-Girón en el alcázar de Segovia.

De nuclear importancia es también el alegato titulado *Crisol de la verdad de la causa sin causa*, impreso en Zaragoza a principios de 1684. Aunque

5. Marqués de Villars, *op. cit.*, p. 22.

6. Maura, *op. cit.*, p. 304. Henry Kamen, *La España de Carlos II*, trad. de J. M. Barnadas, Barcelona, Crítica, 1981, p. 389, equivocadamente, fecha el destierro en 1680. Lorna Gladstone, por su parte, se limita a anotar escuetamente el episodio, con escasa precisión y algún que otro error (*op. cit.*, p. 54-55).

7. AHN, Nobleza, Osuna, C. 17, D. 11. A partir de ahora me refiero a este documento con el nombre de *Examen jurídico*.

8. En 1686, Juan Jacinto de Mesa redactó el inventario de los títulos, mayorazgos y privilegios de la casa de los Girones, que también se conserva en el Archivo Histórico Nacional (Nobleza, Osuna, C. 115, D. 167).

publicado sin identificación de autor, tradicionalmente se ha atribuido a uno de los grandes maestros de la oratoria española, Fray Manuel Guerra y Ribera, redentor general de la orden de los trinitarios calzados en la provincia de Castilla y predicador real de Carlos II⁹. El Padre Guerra, que ya se había pronunciado en la polémica en torno a la licitud del teatro con la publicación en 1682 de la controvertida *Aprobación a la verdadera quinta parte de las comedias de don Pedro Calderón*, no tuvo reparos en batallar en una nueva guerra —*nomen est omen*—, acudiendo en solícita defensa del Duque de Osuna, entonces ferozmente batido por sus enemigos. El *Crisol de la verdad*, similar en propósito, estructura y naturaleza al *Examen jurídico*, contiene importantes noticias sobre el destierro del noble, sobre todo en lo relativo a los acontecimientos posteriores a su breve confinamiento en Madrid. El volumen conoció una segunda impresión corregida y aumentada, que vio la luz antes de mayo de 1684¹⁰.

Muy interesante es también una sátira en títulos de comedias posiblemente compuesta a finales de 1683, de la que existen dos versiones; una de ellas, conservada en un manuscrito que pertenecía a Juan Bautista Avalle-Arce, fue editada en 1947 por este estudioso¹¹. La otra versión, que difiere de la primera en numerosos casos con interesantes lecturas y adiciones, se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional¹². A pesar de su carácter velado y alusivo, propio del subgénero, el examen de esta sátira nos ofrece numerosos datos de interés sobre las primeras etapas de la defenestración del Duque de Osuna.

Por último, es fundamental la correspondencia diplomática del Conde de La Vauguyon, sucesor del Marqués de Villars en la embajada francesa en Madrid entre 1682 y 1683, que se conserva manuscrita en la Bibliothèque du ministère des Affaires étrangères et européennes, en su archivo de La Courneuve. Las notas de La Vauguyon sobre el suceso son imprescindibles para la determinación de la cronología de las diferentes etapas del destierro del Duque.

9. La identificación del Padre Guerra con el autor del *Crisol de la verdad* se puede encontrar, por ejemplo, en José Antonio Álvarez y Baena, *Hijos de Madrid ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario histórico*, t. II, Madrid, Benito Cano, 1790, p. 304. Como señala A. Soria, *El maestro fray Manuel de Guerra y Ribera y la oratoria sagrada de su tiempo*, Granada, Universidad de Granada, 1950, p. 87, en el *Crisol de la verdad* descuelga el maridaje teológico-jurídico-político que caracteriza muchas de las piezas oratorias del padre Guerra.

10. Cito en todo momento este volumen por esta segunda edición, *Crisol de la verdad de la causa sin causa consagrada a la suprema justicia. Impresión segunda*, Zaragoza, s.i., 1684. En esta versión se añaden algunos epígrafes (cap. VII, núms. 25-41, cap. X, núms. 23-71, cap. XIII, núms. 31-48), que inciden principalmente en la premisa de que el acogimiento a sagrado del Duque de Osuna no significó delito, fuga ni inobediencia.

11. J. B. Avalle-Arce, «Una nueva pieza en “títulos de comedias”», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, n° 1, 1947, p. 148-165.

12. BNE, Ms. 1082, fols. 167r-171r. Siguiendo el ejemplo de Avalle-Arce, en las reproducciones de pasajes de esta sátira marco en cursiva los títulos de comedias empleados por el autor para ilustrar alusivamente los diferentes episodios de la defenestración.

2. EL ENEMIGO EN PALACIO

Para apurar las implicaciones del episodio histórico, es imprescindible mencionar a Juan Francisco Tomás de la Cerda, VIII Duque de Medinaceli, a quien Carlos II nombró primer ministro del reino el 21 de febrero de 1680¹³. Durante su gobierno la corte experimentó una división tan notable como la que se vivió poco tiempo antes en los años de Don Juan José de Austria. Muchos miembros de la alta aristocracia, descontentos con el *modus gubernandi* del Duque de Medinaceli, creían fundado su derecho a participar en la política del reino más allá de acatar las resoluciones que aquel tomaba. Como alternativa al sistema de privanza y su derivación en ministeriado, esta facción crítica defendía un modelo de gobierno en el que el monarca dirigiera en persona el timón del reino, aunque con el consenso de los Grandes de España, cuyos pareceres se expresarían en el Consejo Real¹⁴. El número de familias nobiliarias enfrentadas al primer ministro aumentaba a medida que se advertía la concentración de todo el poder del reino en las manos de este y el paulatino secuestro de la voluntad de Carlos II¹⁵. El grupo opositor, favorecido por la reina María Luisa y amparado por la reina madre, estaba formado por próceres como el Almirante de Castilla, el Conde de Chinchón, el Marqués de Mancera, el Condestable de Castilla, el Príncipe de Astillano o el Conde de Monterrey¹⁶. Entre todos ellos, sobresalía por su beligerancia y altanería el animoso Duque de Osuna. Este, deseoso de socavar el poder omnímodo del primer ministro, llegó a sondear al propio embajador francés para formar un frente común contra los intereses de Medinaceli¹⁷.

13. Sobre el gobierno del Duque de Medinaceli, dificultado por la grave crisis económica y la continua amenaza francesa sobre los territorios transpirenaicos, véase Maura, *op. cit.*, p. 261-309, Pfandl, *op. cit.*, p. 226-251 y María Dolores Álamo Martell, «El VIII Duque de Medinaceli: primer ministro de Carlos II», en J. Antonio Escudero, *Los Validos*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, 2004, p. 547-571.

14. A. Carrasco Martínez, «*El príncipe deliberante abstracto*. Debate político en torno al rey y la monarquía de España (1680-1700)», en L. Ribot, *Carlos II. El rey en su entorno cortesano*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009, p. 81-107 [p. 100]. Sobre el papel de la alta nobleza en el reinado de Carlos II, que señoreaba el cuerpo consultivo de mayor importancia de la monarquía hispánica, el Consejo de Estado, véase Kamen, *op. cit.*, p. 370-420, y Carrasco Martínez, *op. cit.*

15. Para medir el pulso de la agitación política de la época, es muy reveladora la lectura de las numerosísimas sátiras compuestas en la época que censuraban el gobierno del Duque de Medinaceli. En una de ellas, muy difundida, intitulada *Junta de vivos y muertos en el panteón de el Escorial*, se dice: «Si dura Medinaceli, impacientase la nobleza, inquiétase el vulgo y Medinaceli solo piensa en cómo ha de casar sus hijas y aumentar su casa. [...] No hay en el bolsillo del rey para dar un doblón de limosna. Solo en casa de Medinaceli se ven las abundancias» (BNE, Ms. 947, fol. 120v). En la sátira intitulada *Romance en que cuenta un amigo a otro lo que ha sucedido en este reino*, el autor anónimo escribe en alusión a Medinaceli lo siguiente: «El pavón, todo hermosura, / compró a fuerza de dinero / el merecer en la Corte / ser él el que corre el velo» (BNE, Ms. 18211, fol. 172r).

16. Maura, *op. cit.*, p. 284.

17. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (18 de febrero de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 315r-v.

El primer ministro, por su parte, anotó diligentemente el nombre de Osuna en la cabecera de la lista de sus principales enemigos. Precisamente al aborrecimiento del mandatario atribuye el *Crisol de la verdad* todas las tribulaciones del Duque de Osuna¹⁸:

La verdadera causa de su continuado padecer es el odio que le ha tomado el Duque de Medina por entender es de este dictamen [*i.e.* la derogación del modelo de prianza] y que, si sucediese, le ha de quitar el absoluto poder con que lo gobierna todo. [...] Y esto, que ha sido en atención al bien común, lo ha tomado el Duque de Medinaceli por efecto de oposición particular con su persona, entrando en manifiesta difidencia de él, temiéndose de todas sus acciones, aprehendiéndole enemigo declarado, procurando descomponerle con Su Majestad y mostrando esta su mala voluntad en tantas mortificaciones, injusticias y atropellamientos en su persona y casa como le ha solicitado, que por ser tan notorias al mundo no se repiten aquí, sin que hayan bastado a templarle este odio los medios con que el de Osuna [...] ha estado llano a su amistad, [...] pero ha prevalecido más en el Duque de Medina el sentimiento para el odio que tantas obligaciones para la amistad, como si fuera el dictamen del Duque de Osuna aversión a su persona y no atención al bien común.

En la primavera de 1683, Gaspar Téllez-Girón logró una significativa victoria sobre el Duque de Medinaceli en un conflicto que se había originado a finales del año precedente, cuando Osuna propuso a dos de sus hijas, Mariana y Catalina Girón, como damas de honor de María Luisa de Orleans. La oposición del primer ministro a esta pretensión fue tan firme como inmediata, pues este abrigaba el propósito de aislar a la reina en un entorno de damas afectas a su partido. Según cuenta el Conde de La Vauguyon, los empeños del Duque de Osuna fueron frustrados una y otra vez por Medinaceli, que censuraba al patriarca de los Girones por querer introducir a sus hijas en palacio por un mero «*principe de grandeur et de vanité*»¹⁹. Finalmente, gracias a la perseverancia de la reina María Luisa, el real decreto que Carlos II promulgó el 18 de abril de 1683 ratificó el nombramiento de las hijas de Osuna como damas de honor de la soberana²⁰. Creció con aquello el descontento del primer ministro, que pocos meses después tendría ocasión de cobrar cumplida venganza.

3. EL DUQUE EN SEGOVIA

El desencadenante de la ruina del Duque de Osuna fueron las obras de remodelación de su residencia en Madrid, que se alzaba en la ladera sudoriental

18. Guerra, *op. cit.*, fol. A3r-v.

19. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (29 de octubre de 1682), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 245r. Véanse las cartas que el diplomático escribe los días 18 de marzo y 15 de abril de 1683 (fols. 334r-v y 354r-v) para mayores detalles sobre el enfrentamiento entre Osuna y Medinaceli por este asunto.

20. AGP, Personal, C^a. 435/12 y 23. Tan favorable fue la intercesión de María Luisa de Orleans en este asunto que la incorporación a su servicio de Mariana y Catalina Girón fue casi inmediata, el 24 de abril de 1683, durante la jornada real de Aranjuez. Como se desprende del examen de la nómina de asientos de damas de la reina María Luisa (AGP, Personal, C^a. 2620/11), entre la promulgación del real decreto y la entrada en palacio de las damas de honor no solía transcurrir menos de un mes.

que caía hacia el arroyo de Leganitos, en la manzana comprendida entre la calle de San Buenaventura, la calle alta de Leganitos y la de Santa Teresa²¹. El ambicioso proyecto urbanístico, sostenido con los pingües caudales adquiridos durante el virreinato de Osuna en Milán, era, en palabras del embajador veneciano Giovanni Cornaro, «*la più suntuosa fabbrica di Madrid*»²². El Duque de Osuna, que había adquirido de doña Isabel de Arana cinco fanegas de tierra situadas entre la huerta de las Minillas y la de la Marquesa de Villahermosa y lindantes con el jardín de su palacio, resolvió construir un elegante mirador con vistas a la vaguada de Leganitos. En el curso de estas obras, el Duque de Osuna ocupó una parcela lindante con las tierras de Isabel de Arana, que pertenecía a Marcos de Sabogal, mayordomo de propios desde 1665 y tesorero municipal de las sisas de la sexta parte²³. Así describe el lance la sátira en títulos de comedias²⁴:

Fabricó el Duque *el palacio confuso* y para disimular la grandeza la hizo *casa con dos puertas*, uniendo *la puente de Mantible* para lograr en el río *mañanas de abril y mayo*. Y, como *donde no está su dueño está su duelo* y en su orgullo *la codicia rompe el saco*, por ser política de los tiempos *cada cual a su negocio*, intentó ensanchar sus términos estrechando los vecinos y, como *hasta las piedras hablan*, llegó la noticia a *Don Lucas de Cigarral* y, deseando antes *ver y creer* que persuadirse a que *siempre lo peor es cierto*, halló dentro de su casa *el amigo por fuerza* y en sus propios suelos *el citio de Gante*.

Una vez percatado del allanamiento, Marcos de Sabogal exigió al Duque que adquiriera la propiedad ocupada, consistente en una fanega de tierra. Aunque se confirmó la venta, no llegó a ajustarse el precio, pues a ojos del

21. Para la génesis del palacio de los Duques de Osuna en Madrid es fundamental el estudio de G. Muñoz Garcinuño, «El origen de un palacio del duque de Osuna en Madrid: una casa con jardín, en la calle Puente Alto de Leganitos», *Madrid*, n° 5, 2002, p. 105-116. Para la participación del V Duque de Osuna en el desarrollo del palacio, véase A. Echavarren, «El palacio confuso del quinto duque de Osuna», en prensa.

22. N. Barozzi y G. Berchet (eds.), *Relazioni degli stati europei lette al Senato dagli ambasciatori veneti nel secolo decimosettimo. Serie I. Spagna. Volume II*, Venecia, 1860, p. 484. El embajador francés, ponderando las riquezas de Osuna, señala que su casa estaba llena de barriles de plata (carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV [15 de abril de 1683], AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 356r).

23. Por sus funciones como tesorero de las sisas, Marcos de Sabogal es citado con frecuencia en la documentación relativa a la gestión de los teatros madrileños en los últimos decenios del Siglo de Oro. Véase J. E. Varey y N. D. Shergold, *Fuentes para la historia del teatro en España, V. Teatros y comedias en Madrid: 1666-1687. Estudio y documentos*, Londres, 1974. Es de señalar que el padre del tesorero, también llamado Marcos, fue un destacado maestro de obras de la primera mitad del siglo xvii, que llevó a cabo el trazado de parte de la calle de Leganitos y sus traviesas. A cambio de esta traza, Sabogal obtuvo licencia para labrar algunas casas en aquel sector urbano y acotar algunos terrenos, todo lo cual lo vino a heredar su hijo homónimo (J. M. Cruz Valdovinos, «Los artífices y las artes en Madrid en 1694», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, n° 34, 1994, p. 47-78 [p. 58]).

24. Avalor Arce, *op. cit.*, p. 150. Marcos de Sabogal, mudado en figurón de comedia, es fácilmente reconocible bajo el sobrenombre de «Lucas del Cigarral». El título de la comedia calderoniana *La puente de Mantible* hace evidente referencia al puente de Leganitos, construido en 1616 para salvar el arroyo del mismo nombre que bajaba al Manzanares.

Duque, el terreno se encontraba en pésimas situaciones por ser «un vaciadero de Madrid, que el transcurso del tiempo le había puesto [...] lleno de tierra y cascajo»²⁵. Quedó así el asunto durante varios días, hasta que Sabogal solicitó a un amigo suyo, llamado Sebastián Carreño, alguacil de la villa, que negociase en su nombre el precio del solar. Este cumplió su cometido espléndidamente, ya que el Duque se ofreció a pagar quince o dieciséis mil reales, a pesar de que poco tiempo antes había adquirido a solo tres mil reales la fanega las tierras de Isabel de Arana, lindantes con la parcela de Sabogal. A pesar de todo, el tesorero entendió que el precio era exiguo y llevó el asunto a la justicia. El teniente de la villa dictó entonces una sentencia favorable a Sabogal, que posteriormente ratificó el Consejo de Castilla. Según esta sentencia, el Duque de Osuna debía abonar por el terreno allanado cuarenta y ocho o cuarenta y nueve mil reales. El aristócrata dio entonces orden a su procurador de recurrir la sentencia. Debido a la enfermedad y posterior muerte de uno de los alcaldes de la sala, el proceso judicial se demoró en gran medida²⁶.

Si la demora favorecía al Duque, que hasta que se fallara la sentencia podía excusar abonar un solo real a Marcos de Sabogal, la situación del tesorero municipal era muy adversa, pues se veía desposeído *de facto* de su terreno, sin haber percibido ningún tipo de compensación económica. Sabogal resolvió entonces emplear a tres escribanos para que notificasen repetidamente la deuda a Osuna. La terna de escribanos emprendió una implacable labor de acoso al aristócrata, de suerte que «apenas había hora del día que uno u otro no estuviesen en la casa del Duque cuando salía, cuando tomaba el coche y en todas partes»²⁷. Se molestó con esto Osuna y, tras hacer venir al mencionado Sebastián Carreño, le encargó que fuera a decir a Marcos de Sabogal «que esperase por quince días a la sentencia del Consejo sobre su dependencia y que al punto se le pagaría, pero que, si cada día le enviaba escribanos a su casa y a la calle con notificaciones, como hacía, le mandaría cortar las orejas»²⁸. Suponía el Duque que tan fiera advertencia bastaría para amilanar al tesorero municipal, pero el conflicto, lejos de disolverse, se agravó considerablemente. Pasados unos días, Sabogal, que según el Conde de La Vauguyon era un «*homme dangereux*», envió un memorial a Carlos II en el que denunciaba con brava voz las amenazas del noble²⁹.

25. *Examen jurídico*, fol. 7r.

26. *Ibid.*, fol. 7v.

27. *Ibid.*

28. Guerra, *op. cit.*, fol. 2r. Así comenta el episodio la sátira en títulos de comedias: «Llevando trampa adelante, sin acordarse lo que debe cada uno a su obligación, se metió en los empeños de un acaso por querer por solo querer y por la fuerza del natural, enviando a don Lucas amenazas en tercera persona, sin prevenir la desdicha de la voz ni que vencerse es mayor valor» (BNE, Ms. 1082, fol. 167v).

29. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (5 de agosto de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 432v, donde también se apunta que el memorial de Marcos de Sabogal estaba «*plein de choses contraires a la reputation et gloire du Duc*».

Tan pronto como el Duque de Medinaceli tuvo noticia de este memorial, maquinó diligentemente la caída de su más molesto adversario; la denuncia fue prontamente remitida al gobernador del Consejo de Castilla, el mercedario Fray Juan Asensio, que había sido encumbrado a este puesto el 16 de abril de 1680 por el propio primer ministro³⁰. Poco después, el Consejo dictó una desproporcionada sentencia, que, según la sátira en títulos de comedias, «hizo más ruido que *la campana de Aragón*»³¹. Gaspar Téllez-Girón debía abonar una multa de veinte mil ducados y, en el plazo de tres días, salir desterrado al alcázar de Segovia, donde permanecería encerrado hasta nueva orden³². El Duque de Osuna, que en aquel tiempo se encontraba gravemente enfermo, hubo de partir al destierro «a costa y riesgo de su salud», escoltado por cuatro alguaciles y un alcalde de corte³³. Gracias a la correspondencia del embajador francés, sabemos que el Duque de Osuna partió a Segovia el día 1 de agosto de 1683, al rayar el alba³⁴. De las múltiples irregularidades jurídicas del proceso y el excesivo rigor de la pena da cuenta el *Crisol de la verdad*³⁵:

Queda eficazmente probado el supuesto de [...] haber excedido incomparablemente la pena a la pretendida culpa. Excedió, pues por causa civil no pueden los nobles (¿qué será los grandes?) padecer prisión ni aun ser detenidos en sus palacios. Excedió, pues, en lugar de castigar al que tuvo osadía de exceder notificándole en la calle, se miró como delito el advertirle. Excedió, pretendiendo que por una amenaza que claramente mostraba no quería ejecutarse se pasó la causa de civil a criminal. Excedió, pues vanas amenazas de coléricos que no pasan a ejecución las desestiman las leyes, que, como humanas, no castigan intenciones de esa especie de cóleras. Excedió, pues aunque se hubiera ejecutado, era una módica lesión que no merecía tanta pena. Excedió, pues a la ejecución pudiera en otro sujeto darle pena de prisión, destierro o multa y se dieron todas tres.

En la villa y corte, a nadie se le escapaba la implicación del primer ministro en la súbita defenestración del Duque de Osuna³⁶. Por su parte, la reina María

30. Véase Maura, *op. cit.*, p. 263, donde el historiador se hace eco del servilismo de Asensio. El mercedario es descrito en una sátira política contemporánea como «un fraile lisonjero y tonto» (BNE, Ms. 18212, fol. 4r).

31. BNE, Ms. 1082 fol. 168r.

32. Según el *Examen jurídico*, la multa de veinte mil ducados se sacó de «los lugares de Andalucía con notable gasto, pérdida de su hacienda y destrucción de los vasallos en tiempo de tanta calamidad» (fol. 5v). Maura (*op. cit.*, p. 304), al que sigue Gladstone (*op. cit.*, p. 54-55), apunta erradamente que la sanción consistió en diez mil ducados.

33. *Examen jurídico*, fol. 8v.

34. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (5 de agosto de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 432r.

35. Guerra, *op. cit.*, fol. 4v.

36. En la sátira en título de comedias, por ejemplo, se dice: «*No puede ser* que tan severas resoluciones las haya motivado querer ampliar *el jardín de Falerina* por los medios referidos, por cuanto fuera ser *el mayor monstruo del mundo* [...]. *Los trabajos de Tobías* proceden, pues, de haberse [o]puesto el Duque *al rico hombre de Alcalá* para experimentar ahora las ruinas de *Faetonte*» (BNE, Ms. 1082, fol. 168r). El embajador francés, por su parte, asegura que en la rigurosa sentencia contra Osuna el Duque de Medinaceli se movía exclusivamente por «*ressentiment du passé*» (carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV [31 de julio de 1683], AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 425v).

Luisa de Orleans entendió el destierro de su caballerizo mayor como un ataque contra su propia persona, que constituía un nuevo jalón en la política ostensiblemente francófoba del Duque de Medinaceli³⁷. Según cuenta el Conde de La Vauguyon, las dos hijas de Osuna que ejercían de damas de honor en palacio rogaron a la reina que intercediese por su padre ante Carlos II, pero la soberana, por más que suplicó a su esposo, no logró arrancarle el indulto del Duque³⁸.

4. EL DUQUE EN EL CONVENTO DEL CARMEN

Al cabo de un tiempo, la repentina enfermedad del único hijo varón del Duque de Osuna, heredero de su Casa, propició su retorno de Segovia, gracias a la presión de la reina María Luisa, que contó con el apoyo de su confesor, del Duque de San Pedro –yerno del Marqués de los Balbases– y de uno de los hijos del Almirante de Castilla³⁹. Así relata el episodio el *Crisol de la verdad*⁴⁰:

Enfermó su hijo primogénito de tan graves accidentes que la mejor sabiduría de la medicina desconfiaba y, siendo la compasión intercesora, consultó el Real Consejo a Su Majestad, que Dios guarde, que volviese el Duque a la corte enteramente libre [...]. El confesor actual de Su Majestad, que Dios guarde, dijo que Su Majestad en viva voz le había dicho que su orden era que volviese el Duque libre y que a él le había dado ese orden Su Majestad para que se lo dijese así al Duque de Medinaceli, su primer ministro.

Pese a lo que pudiera parecer, no fue este el fin de las tribulaciones de Osuna; el Duque de Medinaceli, que no se avenía a sufrir la liberación de su principal adversario, resolvió disentir de la orden real que le hizo llegar el confesor de Carlos II y ordenó que Osuna permaneciese recluido en su palacio de Madrid hasta nueva orden, con prohibición de recibir visitas⁴¹. La inobediencia del primer ministro pasó del todo desapercibida; el confesor del soberano no era ya el animoso Padre Reluz, al que Medinaceli había destituido por su patente desafección. Tras la muerte en marzo de 1682 del Padre Bayona, sucesor de Reluz, el primer ministro promovió en el puesto de confesor a un fraile ingenuo y fácilmente manipulable, el dominico Tomás Carbonell, obispo

37. Maura, *op. cit.*, p. 304.

38. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (31 de julio de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 425r.

39. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (30 de septiembre de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 477v-478r. El hijo de Gaspar Téllez-Girón aquí aludido es Francisco María de Paula Téllez-Girón, que nació en Madrid el 11 de marzo de 1678. A la muerte de Gaspar Téllez-Girón en 1694, Francisco María de Paula pasaría a ser el VI Duque de Osuna. Llegó a ser gentilhomme de cámara de Carlos II y Felipe V, notario mayor de Castilla y ministro plenipotenciario en el Congreso de Utrecht. Tras enfermar en la corte de Versalles, falleció el 13 de abril de 1716 (J. A. Álvarez y Baena, *op. cit.*, t. II, p. 230-231).

40. Guerra, *op. cit.*, fol. 5r.

41. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (25 de octubre de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 498r.

de Sigüenza, al que las malas lenguas consideraban un reputado maestro en el arte de no saber nada⁴². Con este hábil nombramiento el Duque de Medinaceli se procuró un gobierno libre de intromisiones, como difundía una sátira contemporánea⁴³:

Después [el Duque de Medinaceli] ha jugado la pieza más fina de su astucia, que no la tiene más milagrosa Maquiavelo, porque conociendo que el obispo de Sigüenza, Carbonell, tenía fama de ajustado pero que por falta de conocimiento de las cosas de la corte sería fácil engañarle, le trajo para que su crédito autorizase sus acciones y su sinceridad no las conociese, con que quitó un buen obispo y hizo un mal confesor.

Con la desatención del confesor real sobre sus asuntos de gobierno, el Duque de Medinaceli tenía vía libre para seguir hostigando al Duque de Osuna. Así, cuando este llegó a Madrid, hubo de permanecer confinado en su palacio. Aunque al cabo de unos días su hijo se recuperó favorablemente de su enfermedad, el Duque no pudo disfrutar mucho tiempo de la comodidad de su palacio, pues tan solo quince días después de su retorno a Madrid se decretó que partiera de nuevo al destierro⁴⁴. Si ponemos en relación esta referencia cronológica con la información contenida en una carta del Conde de La Vauguyon, de donde se deduce que la nueva orden de destierro fue dictada en torno al 23 de octubre de 1683, podemos apuntar que el retorno a Madrid del Duque debió de ocurrir en torno al 8 de octubre de dicho año⁴⁵.

Dada la dimensión panegírica del *Crisol de la verdad*, el *Memorial* y el *Examen jurídico*, es comprensible que ninguno de los tres documentos dé cuenta de los motivos que dieron origen a esta nueva condena. La correspondencia del embajador francés, en cambio, sí nos aclara los pormenores del episodio; según

42. Maura, *op. cit.*, p. 286.

43. *Junta de vivos y muertos en el panteón de el Escorial*, BNE, Ms. 947, fols. 122v-123r. El embajador de Carlos II en Londres, Don Pedro Ronquillo, describe del modo siguiente el carácter del obispo de Sigüenza en una carta al Marqués del Fresno escrita poco después de la muerte del Padre Bayona: «Él es tenido por santo y docto, pero es tímido y de poca resolución y escrupuloso, y dictamen no le hace si no es por el parecer de otros» (AHN, Nobleza, Frías, C. 176, D. 80). Numerosas sátiras de la época dan cuenta del escaso espabilamiento del dominico, del que se benefició notablemente el astuto primer ministro; por ejemplo, en el *Manifiesto del tiempo presente a la fama de los siglos venideros*, escrito entre 1683 y 1684, se dice que Carlos II se confiesa «con un hombre que nada entiende» (fol. 4r). En un soneto satírico, cuyo primer verso es «Mientras en Francia amaga un Luis potente», se anuncia «que el confesor no sabe nada» y en otro, que principia «Ya se ha dicho que el rey es un pobrete», se advierte «que el confesor en nada se entremete» (BNE 3921, fol. 244r-v).

44. Guerra, *op. cit.*, fol. A1r, *Examen jurídico*, fol. 5v.

45. Carta del Conde de La Vauguyon fechada el 25 de octubre de 1683, AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 498r-v. El *Memorial* señala únicamente que el regreso del Duque se produjo en el mes de octubre de 1683 (fol. 59Br). El autor de la sátira en títulos de comedias, por su parte, apunta que el acercamiento de Osuna a Madrid fue consecuencia del regocijo que se experimentó en la Corte al conocerse, a finales de septiembre de 1683, la victoria que los ejércitos imperiales alcanzaron en Viena (BNE, Ms. 1082, fol. 168r). El Duque de Osuna habría permanecido, por tanto, unos setenta días fuera de Madrid, lo que concuerda con lo expuesto en el *Crisol de la verdad* que apunta que el destierro se prolongó «dos meses y medio» (Guerra, *op. cit.*, fol. 2r).

el diplomático, durante la reclusión en su palacio Gaspar Téllez-Girón desoyó la orden de aislamiento que se le había impuesto y recibió en su hogar frecuentes visitas de numerosos allegados⁴⁶. La sátira en título de comedias revela, además, que estas reuniones no eran en absoluto de mera cortesía; al parecer, el Duque de Osuna expresaba en ellas la necesidad de poner fin al gobierno omnímodo del Duque de Medinaceli⁴⁷:

Intentando [el Duque de Osuna] *oponerse a las estrellas y vengarse en fuego y en agua* empezó a maquinarse *cautela contra cautela*, procurando *a secreto agravio secreta venganza*. Para esto juntó en su casa *Montescos y Capeletes*, provocándolos al *incendio de Troya* para que todos cayesen en *el mayor mal de los males*, arriesgándolos a *morir por razón de Estado*, que es *la tragedia más lastimosa*, pudiendo reconocer todos los que asistieron a *caer para levantar* que el conferido intento era la fábula de *Eco y Narciso* y de tan poca sustancia como *la hija del aire*, aunque fue solo la primera y segunda parte. Pero con esto descubrieron *lo que puede una pasión*, aunque la quisieron disculpar con decir que era *cegar para ver mejor*, pues unos y otros anduvieron como *la mujer contra el consejo*, poniendo a riesgo el que fuese *el postrer duelo de España*. Pero pueden mucho *los áspides de Cleopatra* y el haber sido el Duque en la ocasión que esperaba *el mejor amigo el muerto* o, por decirlo más claramente, *el príncipe de los montes*.

En este pasaje, especialmente velado, asoma la figura de Don Juan José de Austria —el «príncipe de los montes»⁴⁸— y parece sugerirse la conjura de los Grandes que derrocó al valido Valenzuela en 1677, en la que, por cierto, tuvo un papel destacado el Duque de Osuna⁴⁹. ¿Planeaba realmente el aristócrata

46. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (25 de octubre de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 498r. El *Crisol de la verdad*, que señala que el Duque de Osuna no podía «siquiera adivinar la causa de tan nuevo rigor, sin culpa leve, ni verdadera ni imaginaria, [...] sin tener sombra ni apariencia de delito», atribuye la nueva sentencia a «la calumnia y extraña aprehensión de Marcos de Sabogal y haberse conocido en el Duque ser de dictamen de que Vuestra Majestad gobierne por sí sus reinos valiéndose de sus consejos y tribunales sin permitir a otra persona alguna el absoluto arbitrio y disposición de todo» (fol. 6r).

47. BNE, Ms. 1082, fol. 169r.

48. La alusión al hijo bastardo de Felipe IV resulta aún más evidente en la versión de esta sátira editada por Avalle-Arce: «Anduvieron más acertados que *la mujer contra el consejo*, aunque aventuraron que en la conferencia se ocasionase [*sic*] *el postrer duelo de España*, pero pudieron detenerlas en ellas *los áspides de Cleopatra* y no sé qué memorias que en las del Duque rejuvenecieron las de *el mejor amigo el muerto, el príncipe de los montes* o, por decirlo con más recato, de *el bastardo Mudarra*» (Avalle-Arce, *op. cit.*, p. 152).

49. La alusión al derrocamiento de Valenzuela no es en absoluto baladí; recuérdese que, precisamente, para legitimar su acción, el cuerpo propagandístico de Don Juan José de Austria insistió en la idea del rey cautivo en manos de su valido, situación que no distaba mucho de lo que ocurría en palacio en la década de los ochenta del siglo XVII entre el Duque de Medinaceli y Carlos II (L. A. Ribot García, «Carlos II: el centenario olvidado», *Studia historica. Historia moderna*, nº 20, 1999, p. 19-43 [30]). El dominio de Medinaceli sobre el monarca dio pie a numerosas sátiras en la época; por ejemplo, en la titulada *Preguntas y respuesta entre un monarca y su Consejo de Estado*, se lee: «¿El Rey y el Duque? Una voluntad muerta, otra absoluta» (BNE, Ms. 3661, fol. 187r). Sobre la conjura que dio al traste con el gobierno de Valenzuela véase I. Ruiz Rodríguez, «La unión de la nobleza como elemento de coerción para el cese de un valido: la caída de Fernando de Valenzuela», en Luis Palacios Bañuelos, *La nobleza en España: historia, presente y perspectivas de futuro*, Madrid, Dykinson, 2009, p. 183-230.

un golpe de Estado o se trataba de una fabulación maliciosa urdida por sus adversarios? Fuera como fuere, lo cierto es que uno de los invitados a las reuniones del Duque de Osuna acudió al Duque de Medinaceli con la acusación de que aquel pretendía acabar con el gobierno. El Conde de La Vauguyon no apura la identidad de este sujeto, al que moteja de «*faux frere*»⁵⁰. El autor de la sátira en títulos de comedias, por su parte, se refiere a él del siguiente modo⁵¹:

Algunos señores que concurrieron, de vista los más, hicieron el papel de *los siete dormientes* y uno *el combidado de piedra*. Este, pues, que sería *el Marqués del Vasto* o *el primer Fajardo*, como *amigo, amante y leal* participó el caso a *el caballero de Gracia*.

Con las palabras «primer Fajardo» el autor anónimo parece sugerir que quien delató al Duque de Osuna ante el Duque de Medinaceli, llamado aquí «el caballero de Gracia», fue Joaquín Fajardo Álvarez de Toledo, miembro del Consejo de Estado, a cuyo título nobiliario, Marqués de los Vélez, apuntaría el remoquete «el Marqués del Vasto»⁵². Aunque el clan de los Fajardo se contaba entre las familias desafectas al primer ministro, cabe dentro de lo posible que el Marqués de los Vélez, cuya ambición ponderan numerosas fuentes contemporáneas, empleara la delación del Duque para congraciarse con el primer ministro y medrar en la Corte al calor de su amistad⁵³. Con todo, no podemos asegurar con certidumbre la identidad del delator; cabe dentro de lo posible que el autor anónimo de la sátira en títulos de comedias hubiera aventurado esta identificación al conocer el nombramiento del Marqués de los Vélez como sustituto de Osuna en el puesto de caballerizo mayor de la reina María Luisa pocas semanas después.

Una vez esparcido el rumor de que el Duque de Osuna pretendía «mudanza de gobierno», la noticia llegó pronto a oídos del propio Carlos II. Según cuenta el *Crisol de la verdad*, el monarca se adelantó a escribirle un papel, tal vez con ánimo de sondearlo⁵⁴:

50. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (25 de octubre de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 498r. El Marqués de Grana, en una carta sin fecha dirigida al Marqués del Fresno en respuesta a una redactada por este último el 28 de octubre de 1683, comenta de este modo el lance del delator anónimo: «Nadie me dice, amigo mío, ni quiénes han sido los que le han delatado ni qué fue lo que delataron» (AHN, Nobleza, Frías, C. 176, D. 215).

51. Avalue-Arce, *op. cit.*, p. 152.

52. La sugerencia cobra importancia si tenemos en cuenta que el autor de la comedia *El Marqués del Vasto* es, precisamente, Luis Vélez de Guevara.

53. Sobre la casa Fajardo y su oposición al Duque de Medinaceli, véase Valeriano Sánchez Ramos, «El poder de una mujer en la corte: la V Marquesa de los Vélez y los últimos Fajardo (segunda mitad del s. xvii)», *Revista veleznana*, nº 25, 2006, p. 19-65. De la ambición que caracterizaba al Marqués de los Vélez da cuenta el embajador veneciano Foscarini (N. Barozzi y G. Berchet, *op. cit.*, p. 525). En una sátira de la época, intitulada *Tabla de los sermones que predicán los oradores siguientes en la feria de la monarquía española en este otoño de 1687*, donde se vincula jocosamente a los próceres del gobierno con pasajes bíblicos, se lee: «El Marqués de los Vélez: *Erat quidam hidropicus ante illum*» (BNE, Ms. 3921, fol. 311r).

54. Guerra, *op. cit.*, fol. 7r-v.

Atendiendo Su Majestad a desvanecer el cuento más que a enterarse de la verdad, como indica el recado, se dignó de enviarle uno con su confesor [...]. El recado en substancia era este: que había llegado a noticia de Su Majestad, aunque no lo creía, que el Duque trataba de mudanza de gobierno y que por la grande estimación que hacía de su casa y persona se lo avisaba, sin pasar a más demostración.

El Duque de Osuna, tras enviar con toda presteza un pliego de respuesta al rey en el que manifestaba su extrañeza ante la difusión de aquellos rumores, resolvió suspender toda reunión en su palacio. Al día siguiente de recibir la misiva del monarca, comunicó al confesor real que, con el fin de excusar la recepción de visitas, tenía intención de solicitar su traslado a Pinto, de donde era conde, iniciativa que el dominico aplaudió calurosamente. Osuna envió a continuación un papel al presidente del Consejo de Castilla en el que pedía que se le concediese permiso para dejar su palacio y trasladarse a Pinto, pero, probablemente con intención de no dar lugar a que Osuna pudiese disculpar sus pasadas reuniones, el presidente del Consejo rehusó atender la instancia⁵⁵.

Contra todo pronóstico, dos días después de que Gaspar Téllez-Girón hubiera recibido el pliego de Carlos II, se dio orden al alcalde de corte Don Manuel de Arce y Artete de «sacar al Duque dentro de veinte y cuatro horas, sin apartarse en este tiempo de su casa, y llevarle preso con doce alguaciles de guarda al castillo de Montanches»⁵⁶. Cuando llegó la noticia a oídos del Duque de Osuna, no pudo entender el motivo de aquella nueva resolución, ya que contaba con la confianza del monarca acerca de su inocencia en el asunto de la mudanza de gobierno. Envío entonces un recado urgente al confesor del rey, en el que daba cuenta de lo sucedido. Este contestó «que acababa de venir de palacio y que como sacerdote no sabía palabra ni se le había dicho nada»⁵⁷. Comprendió entonces Osuna que la orden de destierro no provenía de Carlos II sino del propio Medinaceli. Examinado el asunto por menudo, Osuna solo halló una salida⁵⁸:

Hallándose atropellado con tan manifiesta violencia del Duque [de Medinaceli] y juzgando otras mayores, como de su pasión no debían dudarse con tantas experiencias, viéndose cerrado el recurso a Su Majestad para informarle de la sanidad de sus procederes, se vio por derecho natural obligado a refugiarse en sagrado, solo para tomar tiempo en que Su Majestad pudiese mejor informarse de sus sanos dictámenes, protestando [...] que solo lo hacía para dar lugar a que sin atropellarle el Duque de Medina se averiguase si había dado causa para tanta demostración y que, siempre que Su Majestad estuviese informado y gustase, él mismo se iría al lugar adonde se le mandase.

55. *Ibid.*, fol. 8v.

56. *Memorial*, fol. 59Br. La elección de la fortaleza de Montánchez no parece en modo alguno casual, ya que allí fue recluido durante parte de su riguroso destierro el Gran Duque de Osuna, abuelo de Gaspar Téllez-Girón, tras su paso por la fortaleza de Medina del Campo y antes de su confinamiento en Santorcaz. Más detalles en Luis M. Linde, *Don Pedro Girón, Duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Madrid, Encuentro, 2005, p. 232.

57. Guerra, *op. cit.*, fol. 6v.

58. *Ibid.*, fol. A4r.

El carácter indómito del Duque de Osuna ocasionó entonces un lance que parece propio de una comedia de Calderón; cuando llegaron al palacio ducal de Leganitos el alcalde de corte Don Manuel de Arce y los doce alguaciles asignados, Osuna pidió licencia para despedirse de su esposa, Doña Antonia de Benavides, que a la sazón se encontraba enferma. A continuación, tras acomodar a los ministros de justicia en una pieza del palacio, se escurrió por un postigo trasero. Una vez en la calle, se deslizó rápidamente en la silla de una dama que había acudido a visitar a su mujer y se hizo llevar con toda urgencia al convento de los carmelitas calzados de Madrid, adonde llegó al caer la tarde⁵⁹. Posiblemente, el lance tuvo lugar en torno al día 23 de octubre de 1683. La sátira en títulos de comedias narra así este episodio⁶⁰:

El de Osuna, para *dar tiempo al tiempo, saber desmentir sospechas* y usar de *la industria contra el poder*, muypreciado de ser *el galán de su mujer*, fingió despedirse de su *Laura perseguida*, porque *también hay duelo en las damas*, entró en el cuarto de *la más constante mujer* y dejando en la antesala al alcalde, salió por otra haciendo *el escondido y la tapada* y hay quien diga que *los melindres de Belisa*, debe de saber *lo que hace un manto* y, reconociendo *los riesgos que tiene un coche*, se entró en una silla. [...] Acogiose el Duque a ser *el esclavo de María* y hacer en *el monte Carmelo* casa de *el ermitaño galán*.

Una vez en el convento del Carmen, el noble escribió cartas al presidente del Consejo de Castilla y al Duque de Medinaceli, en las que daba cuenta de su paradero y de su resolución de permanecer en el convento hasta que el rey fuese informado del caso y reconociese su inocencia.

Pasada la noche, amaneció el edificio sitiado de gran número de ministros de la justicia, con orden de no dejar entrar en él amigo, criado ni confidente del Duque. Enterada la reina madre del caso de Osuna, envió un billete a su hijo para que suspendiese la orden de destierro y envió a su confesor a que entablara la misma instancia ante el Duque de Medinaceli. El primer ministro despachó cortésmente al confesor remitiéndolo al rey, el cual «no debió de hallar camino para suspender el orden dado»⁶¹. El cerco en torno al Carmen duró casi un día, hasta que llegó orden de que fuera retirado en prevención de posibles altercados con la muchedumbre de vecinos que se había arracimado en el lugar para defender la inmunidad del convento⁶². Gracias a la correspondencia del Conde de La Vauguion, podemos establecer como fecha del levantamiento del cerco el día 25 de octubre de 1683⁶³.

El mismo día del alzamiento del sitio se dio comisión al alcalde de corte Don Juan de Tordesillas para que llamase por edicto al Duque de Osuna, acusándolo de fuga e inobediencia e intimándole a presentarse en el plazo de tres días en uno de los pabellones de la prisión de la corte para ser interrogado. Cuando

59. *Ibid.*, fol. 33v.

60. Avalle-Arce, *op. cit.*, p. 152-153.

61. Guerra, *op. cit.*, fol. 34r.

62. *Ibid.*, fol. 33r-v; *Memorial*, fol. 59Br-v.

63. Carta del Conde de La Vauguion a Luis XIV (25 de octubre de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 498v.

faltaba un día para el agotamiento del plazo, los amigos del Duque de Osuna –especialmente el Almirante de Castilla– se quejaron de que este fuera sometido a tratamiento criminal, aunque ninguno de ellos se aventuró a aprobar su conducta. El jueves 28 de octubre, pasados tres días del bando, que no se pregonó tres veces como era preceptivo, se entendió que el Duque de Osuna había resuelto no acatar su llamamiento⁶⁴. Las severísimas sanciones que entonces se impusieron al Duque fueron aprovechadas por sus adversarios para dar color de verdad a los rumores que lo acusaban de pretender derrocar el gobierno⁶⁵. En primer lugar, se dio orden de secuestrar sus estados, comisionando para esto a Don Francisco de Villaveta, alcalde del crimen de Granada, y a Don José de Rojas, alcalde de hijosdalgo de Valladolid⁶⁶. En segundo lugar, el lunes 1 de noviembre se promulgó un real decreto por el que se exoneraba a Gaspar Téllez-Girón del cargo de caballerizo mayor de la reina y se proveía en la persona del Marqués de los Vélez⁶⁷. Entre las numerosas irregularidades jurídicas del proceso contra el Duque de Osuna descollaba la arbitrariedad que suponía la exoneración de un puesto de estas características sin la comisión de severas infracciones durante su desempeño⁶⁸.

Según cuenta el embajador francés, María Luisa de Orleans no tuvo noticia alguna del nombramiento de su nuevo caballerizo mayor hasta que el clamor popular lo hizo evidente a sus oídos. Sorprendida y enojada, la reina expresó su malestar a su esposo, al primer ministro y a Doña Engracia Álvarez de Toledo, poderosa matriarca de la Casa de los Fajardo y madre del Marqués de los Vélez⁶⁹. El enojo de la soberana fue mayúsculo cuando, poco después, se enteró de que

64. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (28 de octubre de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 501r-v.

65. El *Crisol de la verdad* dedica numerosas páginas a desmontar esta acusación: «El cuento fue que pretendía mudanza de gobierno. Pues, ¿qué instrumentos presentan de esta pretensión? ¿Qué papeles, qué cartas, qué pasos, qué solicitudes, qué verbales explicaciones? ¿Qué testimonio el más ligero, cuando se pedían los más evidentemente claros? [...] Sepa, pues, el mundo, que el Duque se ha ceñido tanto a la margen de su oficio, representación y dignidad que nunca ha pensado en mudanza de gobierno» (Guerra, *op. cit.*, fols. 9v y 10v).

66. *Examen jurídico*, fol. 6r.

67. AGP, Personal, C.^a 1084/19. El nombramiento del Marqués de los Vélez como caballerizo mayor de la reina María Luisa debió de suscitar notable admiración, como parece poner de manifiesto un comentario del Marqués de Grana, en una carta sin fecha dirigida al Marqués del Fresno, ya mencionada: «Quedaré el puesto de caballerizo mayor proveído en el Marqués de los Vélez, novedad y demostración bien garrafal...» (AHN, Nobleza, Frías, C. 176, D. 215). Por desgracia, el resto del pasaje se encuentra encriptado.

68. El *Memorial* detalla por menudo todas las tropelías que se cometieron en el proceso. Espigo el siguiente pasaje a título ilustrativo: «A los edictos debió seguir ponerle acusación, recibir la causa a prueba, pedir en su tiempo la publicación, mandarla hacer en el suyo, alegar de bien probado, dar traslado de este alegado, acusar la rebeldía de no responderle, poner en estado de conclusa la causa, habiendo para cada una de estas cosas dado sus términos, aunque fuesen menos que los determinados por las leyes, y notificarlos en los estrados según se ordena por ellas y entonces pronunciar la sentencia y, si se estimase corresponder a la culpa de esta rebeldía la pena de la exoneración de puesto, imponerla» (fols. 63Ar-v).

69. Sobre la relevante posición en la corte de Doña Engracia Álvarez de Toledo en el último tercio del siglo XVII, véase Sánchez Ramos, *op. cit.*, p. 38-51.

la propia Duquesa de Medinaceli esparcía el rumor de que la caída de Osuna se debía únicamente a que este galanteaba a la reina⁷⁰.

Por su parte, el Duque de Osuna sabía que tanto la exoneración de su puesto como el secuestro de sus estados obedecían únicamente a su «deseo de que Su Majestad gobierne por sí mismo sus reinos»⁷¹, granjeándose así la animadversión del Duque de Medinaceli. No obstante, resuelto a librar una postrera batalla contra el primer ministro, Osuna no permaneció en absoluto ocioso durante su confinamiento en el convento del Carmen; allí coordinó la composición de numerosos alegatos en los que se declaraba indigno de tan severas penas y denunciaba su particular situación, adonde no lo había conducido la recta administración de la justicia. La correspondencia del Conde de La Vauguyon nos permite conocer detalles del primero de estos alegatos, que, compuesto antes del 24 de noviembre de 1683, circuló impreso⁷². Según el embajador francés, en la redacción de este documento colaboraron dos abogados, un fraile carmelita y el confesor del Duque de Osuna, un religioso de la Compañía de Jesús que era también predicador real⁷³. El documento, que aún no ha sido identificado, conoció amplísima difusión y suscitó no poco revuelo en la Corte española. Conocido como «el manifiesto de Osuna», dio origen a numerosas sátiras, entre las que destaca la compuesta en títulos de comedias⁷⁴. Tal vez por la divulgación del manifiesto, que a buen seguro ofrecía una pésima imagen del gobierno de Medinaceli, se buscó una solución intermedia al conflicto. Advirtiendo el primer ministro el gravoso perjuicio que le ocasionaba el indómito Duque de Osuna aun guarecido en el Carmen, encargó a Don Pedro

70. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (11 de noviembre de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 507^{bis}r-v.

71. Guerra, *op. cit.*, fol. A1r.

72. Carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (24 de noviembre de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 524v. A este primer manifiesto parece aludirse en el *Crisol de la verdad* con las palabras «papel primero» (Guerra, *op. cit.*, fol. 6v).

73. No he encontrado ningún documento que revele la identidad del confesor del Duque de Osuna en 1683. Con todo, el personaje mencionado por el Conde de La Vauguyon podría ser el prolífico escritor jesuita Andrés Mendo, lector de Teología y Sagrada Escritura en Salamanca, predicador real de Felipe IV y Carlos II y calificador del Consejo de la Inquisición. Sabemos que fue confesor de Osuna durante los gobiernos de este en Milán y Cataluña, empleo que tal vez continuara ejerciendo una vez regresados a Madrid. Fuera como fuera, el religioso falleció poco después, el 11 de mayo de 1684. Véase un bosquejo biográfico de este sacerdote en Carmelo Oñate, «Dos cartas de Rodrigo de Arriaga a Andrés Mendo», *Berceo*, n.º 125, 1993, p. 113-125 [p. 116-121].

74. En el arranque de la sátira en títulos de comedias se explicita este detalle: «Señor mío, recibí la de vuestra merced y con ella el manifiesto que ha hecho desde el Carmen el Duque de Osuna, de que me pide le diga mi sentir, como si en lo poco limado de los lugares y menos práctico de las aldeas entendieran materias tan profundas, pero, obedeciendo sus preceptos, en una palabra digo que me ha parecido cosa de comedia y así al mismo estilo y con diversos títulos de los que andan impresos expresaré mi dictamen» (BNE, Ms. 1082, fol. 168r). Más adelante, tras narrar el acogimiento a sagrado del Duque, el autor alude de nuevo a este primer alegato: «Por lo que he referido, se halla al presente como *la estatua de Prometeo*, sin que todo el manifiesto espese modo de ser *el médico de su honra*, que era su principal defensa para que no le imputaran *la traición en propia sangre*» (fol. 170v).

de Aragón que le ofreciera el puesto de embajador en Roma con intención de alejarlo de la Corte, según consta en una interesantísima carta del Marqués de Grana al Marqués del Fresno redactada el 15 de diciembre de 1683. No obstante, Osuna, que entendía aquella aparente merced como un medio de ahogar su voz, rechazó el nombramiento, resuelto a permanecer en el Carmen hasta que quedara demostrada su inocencia⁷⁵.

Posiblemente ese mismo mes de diciembre, con ocasión de la declaración de guerra contra Francia, Gaspar Téllez-Girón envió un nuevo memorial a Carlos II, en el que solicitaba el indulto y expresaba su intención de ponerse a su servicio en tan grave coyuntura, petición que fue desoída por el monarca⁷⁶. También en este periodo debió de redactar Juan Jacinto de Mesa el *Examen jurídico*, pues no se menciona en él ningún suceso posterior al encierro de Osuna en el convento del Carmen. A principios de 1684 vio la luz un último manifiesto, el *Crisol de la verdad de la causa sin causa*, que antes de mayo de ese mismo año conoció una segunda edición aumentada. En él se descarga al Duque de la acusación de pretender «mudanza de gobierno» y se incide en la necesidad de que Carlos II gobierne por sí mismo, aportando argumentos de amplia tradición en la tratadística política, con un aparato de citas tan nutrido como el que había aportado poco tiempo antes Juan Jacinto de Mesa en el *Examen jurídico*⁷⁷.

5. DE MONTÁNCHÉZ A PEÑAFIEL

La hacendosa reclusión del Duque de Osuna en el Carmen se prolongó durante más de medio año. Finalmente, posiblemente desalentado ante la pertinaz desatención de Carlos II hacia sus sucesivos memoriales, en la primavera de 1684 el Duque decidió abandonar el Carmen para cumplir la condena que se le había impuesto en octubre de 1683: salir desterrado al

75. Así cuenta el lance el Marqués de Grana desde Flandes: «Quedo aturrido de lo que me dices del acomodamiento que se traza por medio de D. Pedro de Aragón con Osuna y hay cartas aquí en que aseguran no haber querido Osuna la embajada de Roma que le han ofrecido. Yo no entiendo este mundo, pues si Osuna no ha delinquido contra el rey no sé cómo le han podido castigar tan como delincuente y si lo contrario no sé cómo dan en premiarle como benemérito. Y en uno y otro caso no sé cómo el Duque ha entrado ni cómo quiere salir de esta materia. Dios le alumbre para todas, que bien lo hemos menester, y alumbre al rey para que si Osuna no ha querido más de lo que contiene su manifiesto siga la opinión de Osuna» (AHN, Nobleza, Frías, C. 176, D. 207).

76. En el *Crisol de la verdad* se reproduce uno de los renglones de esta misiva: «El Duque de Osuna dice que en la injusta guerra que franceses han roto llega a ponerse a los reales pies de Vuestra Majestad en la forma que puede y ofrecerle su persona y lo que le hubiere quedado, creyendo le será a Vuestra Majestad de más provecho en un ejército que en el Carmen y acordando a Vuestra Majestad que su gran bisabuelo envió al Duque de Alba preso a la conquista de Portugal» (Guerra, *op. cit.*, fol. 115r).

77. Véase Adolfo Carrasco Martínez, «Los Grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II», *Studia Historica, Historia Moderna*, nº 20, 1999, p. 77-136 [p. 120-123].

inhóspito castillo de Montánchez, que se alzaba sobre un áspero collado, en la frontera con Portugal. Así queda relatado en el *Memorial*⁷⁸:

Sabiendo el Duque era del real gusto de Vuestra Majestad que fuese a Montanches, lo ejecutó así. Y, habiendo llegado el día veinte y uno de mayo, envió testimonios al Consejo de quedar presentado ante el gobernador de dicha villa y castillo y a su orden, todo lo cual participó a Vuestra Majestad.

Pese a lo que temía el aristócrata, la prisión en Montánchez fue relativamente breve; paradójicamente, el tiempo que Osuna se mantuvo acogido a sagrado para evitar salir desterrado a Montánchez fue sustancialmente mayor que el que pasó allí confinado, ya que tan solo un mes después de su reclusión, el día 21 de julio de 1684, Carlos II dio licencia a Osuna para regresar a Madrid, debido a un nuevo proceso febril de su hijo Francisco María de Paula. La licencia se entendía para un periodo de veinte días, con orden terminante de que en ese tiempo «no saliese de su casa ni en ella se dejase ver ni visitar de nadie y que pasados dichos veinte días pasase después a tener su ordinaria residencia en uno de los lugares de sus estados en distancia de la corte treinta leguas»⁷⁹. Según parece, en esta ocasión el Duque de Osuna acató escrupulosamente el dictamen real, escarmentado, sin duda, del resultado de su pasada inobediencia.

Cuando Osuna regresó a Madrid desde Montánchez, el marco político había cambiado sustancialmente con el aplaudido avance del Conde de Oropesa, que con gran presteza fue tomando el poder de manos del primer ministro⁸⁰. Apoyado por la reina madre, la reina reinante y un amplio sector de la aristocracia, Oropesa fue nombrado presidente del Consejo de Castilla en junio de 1684, en sustitución de Fray Juan Asensio. Debido a la influencia de Oropesa sobre el rey, la situación del Duque de Osuna experimentó cierta mejoría no solo con su arribo a Madrid, sino con la promulgación el 24 de julio de la orden de alzar el secuestro de sus estados⁸¹. Una vez recuperado de su enfermedad el heredero de la casa de Osuna, Gaspar Téllez-Girón se retiró a su castillo en Peñafiel, obedeciendo así la orden de alejamiento de la corte que había decretado el rey. Dado que Francisco María de Paula se restableció antes de que se venciera el plazo de veinte días impuesto por Carlos II, podemos fijar el 9 de agosto de 1684 como término *ante quem* del traslado del Duque de Osuna a Peñafiel⁸².

78. *Memorial*, fol. 59Bv. La noticia del confinamiento de Osuna en el castillo de Montánchez, sonada victoria del Duque de Medinaceli sobre su adversario, se difundió velozmente. Desde Flandes, el Marqués de Grana comentaba así el episodio en una carta escrita el 14 de junio de 1684 y dirigida al Marqués del Fresno: «Bueno será oír a Osuna a la vuelta de Montánchez y raro es el camino que han llevado el Duque y él en todo este lance. Lo malo es que lo pagará el rey, su autoridad y su justicia distributiva» (AHN, Nobleza, Frías, C. 176, D. 218).

79. *Memorial*, fol. 59Bv-60Ar.

80. Kamen, *op. cit.*, p. 586.

81. AHN, Nobleza, Osuna, C. 17, D. 8.

82. *Memorial*, fol. 60Ar.

Allí confinado, el noble dirigió a Carlos II varias súplicas –entre ellas el *Memorial*, redactado en 1685–, en las que solicitaba el indulto y la restitución del cargo de caballero mayor de la reina María Luisa⁸³. A pesar de su perseverancia, las misivas fueron repetidamente ignoradas. Suponemos que habría aliviado un tanto el desaliento de Osuna la noticia del alumbramiento en Madrid de José María, su segundo hijo varón, que nació el 25 de mayo de 1685⁸⁴.

Sin duda, habría sido también motivo de regocijo la precipitada dimisión del Duque de Medinaceli en abril de ese mismo año y su confinamiento en el palacio de Cogolludo dos meses más tarde⁸⁵. La lacerante crisis económica, el fracaso de la política exterior y las desavenencias con la reina madre y la reina reinante favorecieron el despliegue de estrategias cortesanas encaminadas a la defenestración de Medinaceli, desplazado por el pujante brío del Conde de Oropesa. La creciente debilidad del partido de Medinaceli en la corte se venía a sumar a la debilidad de su propio cuerpo, seriamente mermado por un severo ataque de hemiplejía que estuvo a punto de costarle la vida a mediados de 1683⁸⁶. Una vez retirado Medinaceli, el Conde de Oropesa se hacía *de facto* con el timón del gobierno, aunque por prudencia cortesana no procuró para sí el nombramiento oficial de primer ministro.

El Marqués de los Vélez, primo de Oropesa, se erigió inmediatamente en uno de sus más firmes apoyos, por lo que es de suponer que el Duque de Osuna abrigaría escasas esperanzas de que el Marqués fuera ya desposeído del puesto de caballero mayor.

6. LA RESTITUCIÓN DEL DUQUE

La correspondencia del Duque de Montalto con Don Pedro Ronquillo es determinante para fechar el retorno del Duque de Osuna a Madrid; en una

83. En el *Memorial* se apunta que, cinco meses antes de su redacción, el Duque de Osuna había dirigido varias súplicas a Carlos II (fol. 59Ar).

84. AHN, Osuna, C. 18, D. 30. En 1719, tras el fallecimiento de su hermano mayor Francisco María de Paula sin sucesión de varón, José María pasó a ser el VII Duque de Osuna. Fue embajador extraordinario ante Luis XIV, capitán de la primera compañía de guardias de corps, coronel y director general del cuerpo de guardias de infantería española y teniente general de los ejércitos de Felipe V. Falleció el día 18 de Marzo de 1733 (J. A. Álvarez y Baena, *op. cit.*, t. III, p. 60-62).

85. Álamo Martell, *op. cit.*, p. 566-567. La decisión de Carlos II de apartar a Medinaceli de la corte se planteaba en estos términos: «He pensado bien en ello y conociendo muchos inconvenientes en tu asistencia en la Corte, que nunca se ha podido compadecer con quien ha sido primer ministro, he resuelto declarártelo así y mandarte como te lo mando tomes sin alguna dilación el pretexto que te pareciere para retirarte luego de Madrid y que no te des por entendido de ningún modo de esta orden porque así conviene a mi servicio y a ti mismo» (A. Paz y Meliá, *Archivo y biblioteca de la Casa de Medinaceli. Series de sus principales documentos*, Madrid, 1915, p. 197). Según el embajador veneciano en la época, Sebastiano Foscarini, el propio Conde de Oropesa, deseoso de apartar a Medinaceli, redactó esta misiva y se la dio a firmar al monarca (N. Barozzi y G. Berchet, *op. cit.*, p. 517).

86. Sobre este lance, véase AHN, Nobleza, Frías, C. 176, D. 200, y la carta del Conde de La Vauguyon a Luis XIV (8 de julio de 1683), AMAE, CP, Espagne, t. LXVIII, fol. 412r.

carta redactada el 14 de marzo de 1686, el Duque de Montalto revela que Carlos II había resuelto por fin indultar al Duque de Osuna, con ocasión de la ceremonia de profesión de su hija Mariana Girón, que había dejado su puesto de dama de honor de la reina para ser monja carmelita⁸⁷:

Este domingo pasado profesó en el convento de Santa Ana de carmelitas descalzas la Sra. Doña Mariana Girón, hija del Duque de Osuna, a que asistieron sus Majestades, y las dos reinas comieron allá. Había algunos días que el Rey insinuó al Duque sería de su agrado viniese de Valladolid a hallarse en la función, pero tengo entendido que, aunque se le daba término prefijo de cuándo había de ejecutarse, que iba tomando otros muy frívolos, queriendo prorrogarlos según su antojo, conque resolvió el rey se hiciese sin aguardar más réplicas. Quieren decir algunos que si el Duque capitulaba se le había de volver luego la caballeriza de la reina y otros dicen que, disgustado de que la monja no hubiese hecho renuncia de las legítimas en su hermano el Marqués de Peñafiel, no había querido venir.

El hecho de que la hija del Duque de Osuna no hubiera renunciado a las legítimas al ingresar en el convento supuso un severo contratiempo para el Duque de Osuna, cuyos caudales habían menguado considerablemente tras el pasado secuestro de sus estados y la pertinaz sequía que asolaba Andalucía⁸⁸.

Tres semanas después de la profesión de Mariana Girón, en torno al 6 de abril de 1686, el Duque de Osuna regresó por fin a Madrid, restituido a la vida pública tras treinta y dos meses de penalidades⁸⁹.

Los últimos años de vida del patriarca de los Girones no se vieron alterados por ningún otro destierro. En 1692 Carlos II lo nombró presidente del Consejo de Aragón, título de cierta relevancia que contribuyó a rehabilitar su figura en la Corte. Dos años más tarde, el 2 de junio de 1694, dejando atrás una vida de laboriosos afanes, alborotos y pendencias, falleció en Madrid el quinto titular de la Casa de Osuna.

87. Duque de Montalto, *Cartas a D. Pedro Ronquillo, embajador en Inglaterra 1685-1688*, ed. J. S. Rayón y F. Zabazuru, *CODOIN*, 79, 1882, p. 299-475 [p. 344 (carta de 14 de marzo de 1686)]. Para una biografía de Mariana Girón, es fundamental el escrito panegírico de Antonio de Veleña, *Aprecio de la divina voz Copia de la carta noticiando al Duque de Osuna la resolución de su hija D^a Mariana Girón de tomar el estado de religiosa en el Convento de Santa Ana (Carmelitas Descalzas de esta corte)*, Madrid, s.i., 1685. Según Veleña, Mariana Girón abrigó deseos de consagrarse a la vida contemplativa ya en 1682 (fol. 5r), aunque, como se ha apuntado, por voluntad de su padre ingresó en la cámara de la reina María Luisa en la primavera de 1684. En septiembre de ese mismo año, época en la que su padre se encontraba retirado en el castillo de Peñafiel, la dama comenzó a hacer diligencias para ingresar en la orden del Carmen (fol. 8r). Aunque en un principio la madre priora se negó a acoger a la hija de Osuna sin la aprobación del padre general de la orden, la mediación del obispo de Sigüenza y del propio Carlos II franqueó a Mariana Girón la entrada al convento de Santa Ana el día 21 de diciembre de 1684 (fols. 8v-9r).

88. Gladstone, *op. cit.*, p. 58.

89. En una carta del Duque de Montalto al embajador español en Londres del 10 de abril de 1686 se lee: «El Duque de Osuna está ya en esta corte habrá cuatro días, habiendo venido de orden de Su Majestad, y la tuvo algún tiempo ha, pero hasta que le ha parecido no quiso usar de ella» (Montalto, *op. cit.*, p. 349).